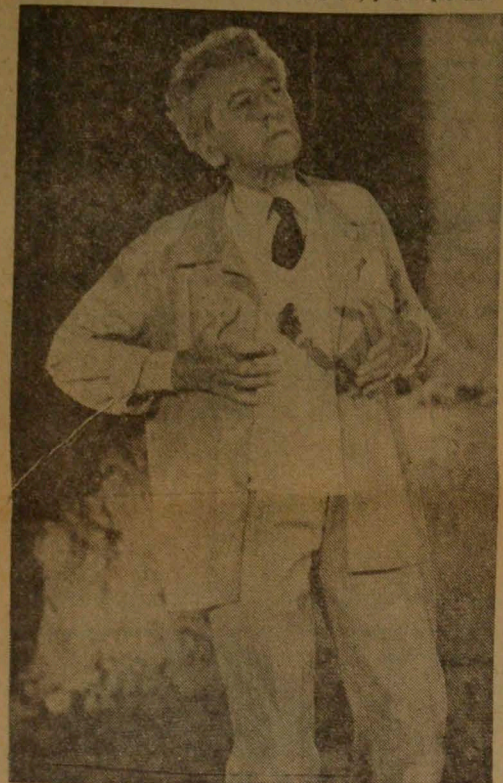


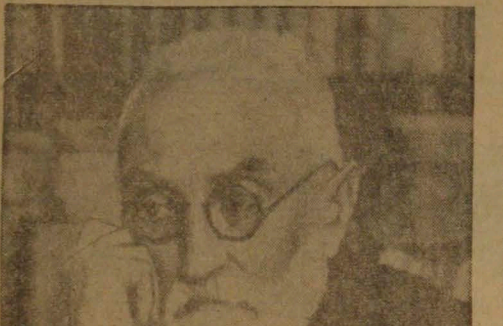
El Año Literario 1964

Texto de FERNANDO DURAN V.

Los aniversarios, las muertes de destacadas figuras y las nuevas creaciones, que a veces hacen aflorar el nombre inspirado de un gran escritor, han confundido durante el año 1964 las evocaciones del pasado con el rápido andar de una literatura que se halla siempre en marcha y no está dispuesta a detenerse.



Jean Cocteau, cuya muerte representa una pérdida para las letras francesas y del mundo

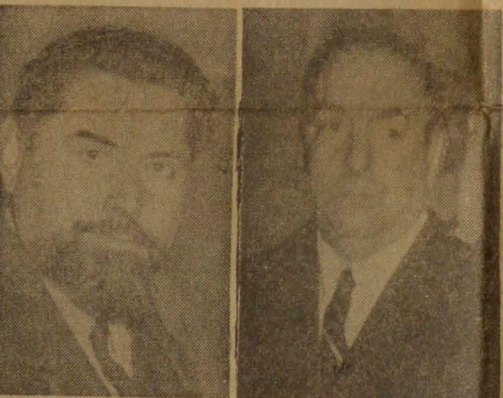


Don Miguel de Unamuno, a quien se rindieron universales homenajes en 1964

La memoria del poeta y el dramaturgo genial. Ya sea en sus inolvidables "Sonetos" como en sus tragedias, dramas y comedias, un hombre se muestra a los demás hombres en toda la multiplicidad y amplitud de hondura y de fuerza. Es, como lo denominó Ricardo Baeza, un superclásico, pues reúne la solidez y elegancia prodigiosa de la forma y una hondura intuitiva y psicológica que le permitieron entender, explicar y expresar a la humanidad en sus más insasibles esencias. Había en él un lirismo cuyo verso se estremecía ya en la palpación barroca y un alma múltiple, insabida, que podía hacer vivir como propias todas las alegrías, las angustias, las inquietudes y las pasiones de los hombres de su tiempo y de los que vendrían después. Julieta y Desdemona, Ofelia, Porcia y Cordelia, Romeo, Otelo, Hamlet, César y Macbeth convivían en su imaginación junto con Próspero, Puck, Falstaff u Oberón.

Mientras corría el "año Shakespeare", otros creadores emergían también en el recuerdo. España evocaba los veinticinco años de la muerte del profundo poeta que fue Antonio Machado, tan íntimo y musical como imbuído de interrogantes metafísicos, y a finales del año ha recordado el centenario del nacimiento de Unamuno, el recio meditador del sentimiento trágico de la vida, del ansia irrefrenable de inmortalidad, cuyos versos, novelas o "nivolas" como las llama nos legó junto a su teatro el afán de un literato por libertarse de la literatura y de un individuo contingente y mortal por expresar con autenticidad desgarradora la conciencia de su eternización y el consiguiente sino inmortal. Al mismo tiempo, el giro del tiempo traía a la memoria que cien años atrás había aparecido la "Vida de Jesús" de Renan, intento de análisis histórico-científico que las investigaciones modernas han destruido dejando sólo, como mero teatro literario, la tersura y diáfana de un estilo que tampoco conmueve a nuestra época, más anhelosa de drama que de sonrisa. Se evocaba también la muerte de Charles Péguy en los comienzos de la guerra de 1914, poeta combatió y místico, fino cantor de la Catedral de Chartres y fervoroso discípulo, casi hasta la ingenuidad, del gran filósofo que fuera Henri Bergson.

La muerte hacía, por su parte, una implacable entrada en la literatura, llevándose a dos escritores sustancialmente distintos pero profundamente afines: Aldous Huxley y Jean Cocteau. Ambos eran expresión de la inteligencia más aguda, de la curiosidad más extrema y claridad del más consciente y elaborado arte literario. Huxley quería entender al hombre, ley amarla, y cada una de sus novelas constituyó un original replanteo de la pregunta de lo que él es y por qué actúa. Se conduce como lo hacen siempre en búsqueda de una nueva fórmula y dispuesta a emplear los más disímiles lenguajes. Junto al inglés, que rechazó nunca los parámetros artificiales como camino o puerta de acceso a "la percepción", Cocteau representaba al gran artesano, al poseedor de todos los secretos del oficio literario. Su flexibilidad intelectual le permitía entender todo y lo hizo adelantarse a presenciar al cubismo, a incursionar en el misterio "láico", a desmontar los mecanismos surrealistas y entretenerse con curiosos y menudos juegos divertidos, casísticos, llegando a realizar el prodigio de casi no tener estilo a fuerza de emplearlos todos alternativamente o sucesivamente.



Francisco Coloane

Se advierte, por lo mismo, una interesante orientación de la literatura hacia la meditación sobre el acontecer cotidiano y las líneas culturales que de él se desprenden o que deben aplicarse para no desviar hacia un estéril e inútil practicismo. La literatura política, que intenta iluminar el acontecer contingente e inmediato y desentrañar de él fórmulas esenciales capaces de rectificar los rumbos y enderezar a la fidelidad al mandato occidental, cobra cada vez mayor importancia. El interés con que se lee a Sartre, Aron o Toynebee revela que el lector moderno no quiere ni torres de marfil teóricas ni empirismos que induzcan a partir de un propósito para llegar a su negación.

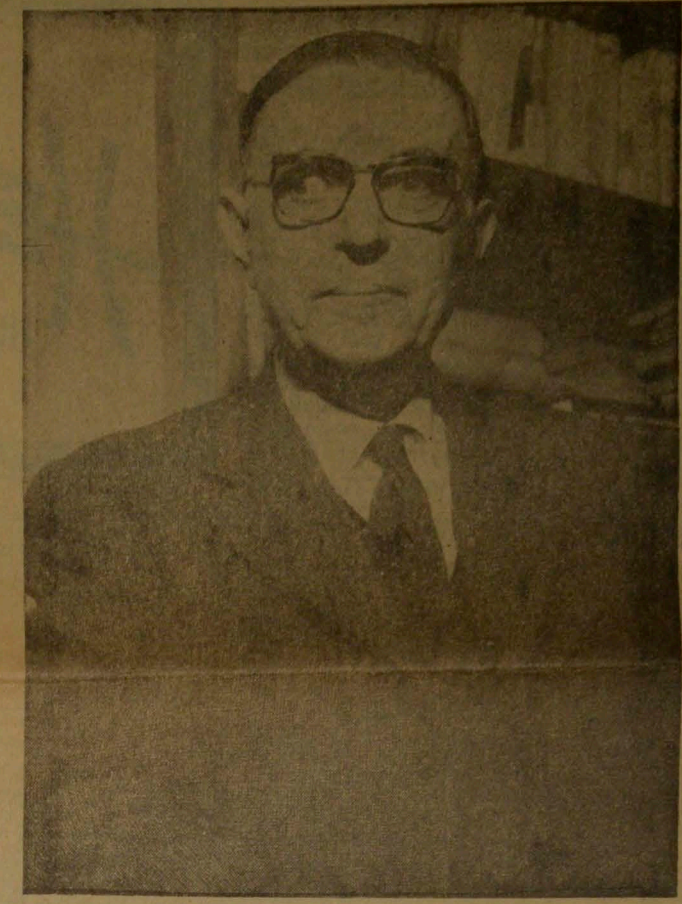
La literatura sigue haciéndose, por eso, problemática. El escritor vacila entre ser francamente un militante y convertirse en un creador puro de aladuras contingentes. La libertad, tan amenazada por los ismos políticos, se ha vuelto preciosa para el individuo. Comprende que es la garantía de su propio subsistir personal, pero la sabe ligada y obligada al servicio, no comprometido ni servil de los derechos y necesidades de sus próximos. En tal sentido, los libros de Guillermo de Torre, sobre arte de minoría y arte de masas, aparecidos en España en el curso del año, adquieren decisiva significación. Representan un acercamiento a los problemas que invaden e inquietan a los hombres de nuestro tiempo, pero también el intento de rescata de una actitud destinada a preservar lo que pueda permitir a éstos no naufragar en la inundación pasiva e irreflexiva de la multitud.

Se explica, por eso, que el Premio Nobel de Literatura haya sido otorgado en 1964 a Jean-Paul Sartre, filósofo, novelista y autor teatral que ha hecho de sus obras un ejemplo de literatura anhelosa de permanecer fiel y dar una respuesta a las interrogaciones apremiantes de nuestros días sin renegar de la libertad humana como núcleo y condicional fundamento de toda actitud ética y literaria. Todas las contradicciones visibles en un pensamiento que se propone adscribir al hombre a un mandato moral y, a la vez, lo diluye y escamotea haciendo de dicho hombre el autor y editor omnímodo de su propia ética, no pueden ocultar el tema angustioso y angustiado de la posición sartriana. El hombre es libertad y, por tanto, no debe ni puede enajenarla a ningún dogmatismo, sea éste político o de otro orden. Que la libertad concluya negándose a sí misma por negar de todo sistema susceptible de alimentarla, es otro problema. Sartre intenta resolverlo a través de una ampliación de la dialéctica que, coincidiendo y sobrepasando al marxismo, llega a hacer de una evolución irrefrenable e infinita la ley universal y la peripetia forja de donde emergen, creándose, el cosmos y el individuo racional.

El año que acaba de irse fue en Chile fecundo en un caudal literario variado y abundante. La poesía ocupó en él un rango predominante. Neruda cumplió sesenta años y el año lebró con cuatro volúmenes de poesía, "Memorial de Isla Negra", que, si bien nada añaden de nuevo a su obra, prolongan y reiteran una lírica ya anticipada por sus libros de la última época. Tras partir del romanticismo melancólico de "Crepusculario" de pasar por un suprarrealismo que culminó en "Residencia en la tierra", de llegar a la cumbre lírico-épica de "Alturas de Machupicchu" y la parte heroica de su "Cántico General", el poeta entró en una obra "comprometida". Mitad confesión de sus ideales comunistas, susceptibles de resumirse en los de la fraternidad ancha y rumorosa de los hombres, mitad propaganda partidista, destinada a cantar la oscilante línea del marxismo soviético, tiene las virtudes y los defectos de sus propósitos. La que es expresión de sus sentimientos fraternales, de su comunión con el destino humano, alcanza momentos de vibrante, comunicativa nobleza. La que es elogio de Stalin, Khrushchev, China roja, y luego debe ensalzar a sus detractores, Sorlier se libera de un nuevo tormento, y con él de la posibilidad de cometer una traición, saltando por la ventana abierta al profundo patio.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.

No obstante, los fríos calculadores de al lado han de salirse con la suya. Ya ha sido alcanzado el límite extremo de lo que pueden soportar las fuerzas humanas. En un renovado interrogatorio —que tiene lugar en el cuarto acto— hallan por fin al hombre que delata el escondite del jefe oculto; Canoris se lo comunica. Con anterioridad se les ha prometido que se les permitiría la vida. Pero apenas han abandonado la estancia cuando tres alphas de disparos restallan en el patio. Clochet ha dado la orden de fusilamiento, contra la voluntad de los otros. "He pensado que era tan humano... Dentro de un minuto nadie pensará más en ello, sólo nosotros". Es éste un drama de un realismo cruel, despiadado, y no presenta sólo la tragedia de la Resistencia. A través de los prisioneros del desván, que han de soportar sus sufrimientos, habla el filósofo que impone a sus protagonistas el deber de ejecutar acciones libres. Ellos deben hacer lo que debe ser hecho. Deben callar porque no deben hablar. Puestos en el extremo límite de sus fuerzas, de un tormento indecible mediante una máquina, deben probar las posibilidades de que han sido dados al hombre libre. En el terrible juego cruel, deben aceptar el papel que les ha sido asignado; los prisioneros deben sufrir y morir. Jean debe vivir, suplicar y negociar. Queda en pie la pregunta de cuál de estos procedimientos es más grande. No es sólo a una muerte solitaria, miserable y aparentemente carente de sentido a donde nos lleva la acción de la obra; ésta plantea la exigencia de que el hombre sea él mismo, incluso en la aceptación del morir. Cuando, ante la violencia arrolladora del dolor un hombre se derrumba al fin y con ello echa por tierra sin remedio los dolores y esfuerzos de largos días, evidenciase en ello la irrupción de la naturaleza humana que no puede resistir un ápice más sobre la medida que le ha sido asignada. Al llamar Sartre a la vida literaria a hombres que fracasan y se hunden, hace humana, en definitiva, a su tragedia. Los disparos de fusil que estallan al final ponen bajo lo sucedido un duro trazo definitivo.



Jean-Paul Sartre, filósofo, novelista y autor teatral que rechazó el premio Nobel de Literatura 1964

El año que acaba de irse fue en Chile fecundo en un caudal literario variado y abundante. La poesía ocupó en él un rango predominante. Neruda cumplió sesenta años y el año lebró con cuatro volúmenes de poesía, "Memorial de Isla Negra", que, si bien nada añaden de nuevo a su obra, prolongan y reiteran una lírica ya anticipada por sus libros de la última época. Tras partir del romanticismo melancólico de "Crepusculario" de pasar por un suprarrealismo que culminó en "Residencia en la tierra", de llegar a la cumbre lírico-épica de "Alturas de Machupicchu" y la parte heroica de su "Cántico General", el poeta entró en una obra "comprometida". Mitad confesión de sus ideales comunistas, susceptibles de resumirse en los de la fraternidad ancha y rumorosa de los hombres, mitad propaganda partidista, destinada a cantar la oscilante línea del marxismo soviético, tiene las virtudes y los defectos de sus propósitos. La que es expresión de sus sentimientos fraternales, de su comunión con el destino humano, alcanza momentos de vibrante, comunicativa nobleza. La que es elogio de Stalin, Khrushchev, China roja, y luego debe ensalzar a sus detractores, Sorlier se libera de un nuevo tormento, y con él de la posibilidad de cometer una traición, saltando por la ventana abierta al profundo patio.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.

En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.



Aldous Huxley, el notable ensayista inglés, fallecido durante el año recién pasado

Juicio Sobre la Obra de Sartre

Wilhelm Grenzmann, notable crítico alemán, en su estudio "Problemas y figuras de la literatura contemporánea", analiza la obra de los doce figuras más importantes de nuestro tiempo en la literatura mundial. El autor se interesa especialmente por el legado espiritual que estos escritores han transmitido. El Hombre, su Misión, sus Problemas. Al analizar a dos de las obras básicas de Jean-Paul Sartre, Premio Nobel de Literatura 1964, galardón que el autor rechazó, Grenzmann dice: "La segunda obra dramática de Sartre, 'Huis Clos'. La puerta cerrada, es un drama en un acto, extremadamente condensado, construido con alto virtuosismo teatral, tránsito del arte de un psicólogo ducho en todas las desesperaciones del mundo moderno. Tres seres humanos se encuentran reunidos en el salón de un hotel; son un traidor, Garcin; una lesbiana, Inés; y una mujer frívola, Estelle. El estilo de la habitación es característico de la forma de vivir de nuestra época actual; trátase de un hotel de baja estofa. Se nos informa en seguida, sin embargo, que nos encontramos en un aposento del infierno; el "fuego eterno", el "gemir y el crujir de dientes" aparecen en forma modificada, adecuada a la época. El infierno no es aquí la frialdad, como en Dante o en Bernanos; no es sino el eterno hastío y el insostenible asco que se infunden entre sí unas personas repugnantes, condenadas a estar juntas por toda la eternidad. Estas tres personas han sufrido la muerte a la misma hora y por ello son confinadas en el infierno al mismo tiempo también; Garcin halló la muerte a manos de un piquete de ejecución. Estelle murió de pulmonía e Inés fue víctima de un envenenamiento por gas. Todos tres tratan al más allá los dolores y las pasiones de esta orilla de la vida; así, el mero convivir recíproco da origen en breve tiempo a una serie de situaciones insostenibles. Procuran disponerlo todo, se reparten los muebles, se cuentan unos a otros su pasado. Pero todo esto transcurre velozmente. En seguida retornan a lo vulgar, a lo rutinario. Se sumergen en el fondo del propio vacío y procuran arrastrar a los demás a esta hondura. En las mujeres despierta de nuevo el antiguo amor desordenado, licencioso, el punto de sutura de la muerte se cicatriza y el infierno se convierte en la continuación orgánica de la vida. Estelle desea al hombre; ha traído consigo hasta el infierno el recuerdo de los placeres y del baile. Al fin, se arroja en brazos de Garcin. En cuanto a Inés, no es sino la "femenidad que vibra sin alma". El hombre cae al fin en pasiones que él mismo crea, siempre igual, el calor inalterable del hotel, no hacen sino aumentar lo insostenible de la situación, y sin embargo todavía no ha transcurrido ni tan siquiera el primer segundo de la eternidad cuando grita Garcin, desesperadamente: "¡Es que no va a hacerse nunca de noche! Así, pues, éste es el infierno... Jamás lo hubiera creído... Reflexionando: sufrir, hoguera, parrillas... ¡Menudo chiste! No hay tueste posible; el infierno... son los otros". De nuevo la realidad es más fuerte que el autor. De vez en cuando entra un camarero, para ver si todo está en orden. ¿A quién sirve, quién le envía agua? Tras el término de la guerra apareció la obra de Sartre "Morts sans sépulture" (Muertos sin sepultura), la tragedia de un grupo de la Resistencia (1946). Aquí, el drama de la guerra tras de los frentes, en las comarcas ocupadas por las tropas alemanas, se transforma en suceso escénico; la trágica escisión del pueblo en dos partidos, una herida todavía sangrante, tornase visible en episodios concretos. En lo que esta pieza tiene de humanamente estremecedor no participan tan sólo los especta-

res franceses, a quienes va especialmente dirigida; desde inolvidables escenarios irradió su eficacia en numerosos países. Los datos históricos que sirven de pretexto para el drama, databan de dos años atrás. De este modo el teatro ofreció el reflejo de una sangrienta realidad. Mientras las tropas aliadas, mediante su desembarco en Normandía, se aprestan para dar al Tercer Reich el golpe de gracia, un grupo de combatientes de la Resistencia han tenido la desgracia de ser descubiertos y hechos prisioneros por partidarios del gobierno de Vichy mientras intentaban preparar un lugar de desembarco para las fuerzas invasoras. Una muchacha de quince años sufre, con este motivo, una muerte espantosa. En jefe del grupo, Jean, logra escapar, pero los demás son hechos prisioneros, esposados y reclusos en custodia en el granero de una casa, donde los milicianos de Vichy, siguiendo el ejemplo de la justicia nacional socialista, intentan obtener la confesión de secretos escuchando a terribles torturas. El drama muestra, con sus cuatro actos, el intercambio doble entre los desiguales partidos; renunciando a las formas clásicas, Sartre ofrece la variación dialéctica, en constante juego mutuo, de los rebeldes y sus verdugos. Considerada solamente desde este ángulo, la obra es verdaderamente conmovedora; pero debe su difusión mundial, esencialmente, a la actualización dramática de los terribles sufrimientos que aquejan al más reciente pasado de la humanidad. En el primer acto, el grupo de combatientes perdidos procura lucidar con exactitud el punto y situación en que se encuentran, prepararse para las torturas que les aguardan y hallar las necesarias fuerzas interiores para ellas. Son personas de diversa condición: Sorrier, un francés procedente de la península ibérica; un griego; Lucía y su hermano, aun adolescente, llamado Francois. Todos ellos saben que intentarán obligarles a declarar el escondite del jefe del grupo, Jean. Pero como ninguno de ellos lo conoce, no deben temer que el insostenible exceso del dolor les lleve a revelar un secreto. Pero éste quiere un viso completamente distinto cuando Jean aparece de pronto en medio de ellos; para llegar hasta donde se encuentran, ha osado penetrar en los comensales le tratan como sospechosos, y si bien con las manos libres, es enviado junto con los demás. Desde este mismo momento, todos ellos tienen ya que guardar un secreto, y la cuestión es, desde ahora, si podrán soportar los rigores del tormento. En primer lugar, debe aparecer ante los verdugos inmediatamente después de aparecer Jean, Sorrier; lleno de curiosidad por sí mismo "¿Quisiera llegar a conocerme a mí mismo?", regresa destrozado, abatido: "Te digo que entregaría a mi misma madre al cuchillo". Los comensales del segundo acto poseen la carencia de sentimientos fría y desalmada de un mero instrumento; son máquinas vivientes de ejecución y de tortura; cumplen un cometido extraño y creen hallarse exentos de responsabilidad. La renuncia a la dignidad propia del hombre, a su vocación por una tarea propia y a la libre decisión personal les convierte en criaturas despreciables, que se embrutecen con la bebida y sólo hallan placer en las obscenidades. Entre ellos, algunos se distinguen por matices; la villanía, la vulgaridad, les nivela a todos. Clochet, el hombre de los instrumentos de tortura, explica lo que les interesa de veras: desean quebrantar el orgullo de los hombres que yacen parados por medio y degradarles a todos, porque no soportan la existencia de seres que posean una categoría espiritual superior a la de ellos. Con el mero hecho de obligarles a lanzar un alarido de

dolor, tienen bastante. Y lo consiguen, en efecto; la máquina de tormento que utiliza diestramente, hace abrir la boca aún a aquellos que han jurado previamente soportar silenciosamente el dolor ante esos pobres tipos humanos, dignos de conmiseración. Sartre atormenta también a los espectadores. La tortura es, por así decirlo, un suceso público. Para lograr un efecto amplificador, los tormentos prosiguen tras la escena, y los terribles alaridos de los martirizados llegan hasta las tablas. Sorrier se libera de un nuevo tormento, y con él de la posibilidad de cometer una traición, saltando por la ventana abierta al profundo patio. En el tercer acto, que nos presenta de nuevo el desván donde yacen los prisioneros, Lucía regresa al lugar de tortura, martirizada y deshonrada; lo comensales no conocen leyes y hacen con los seres humanos lo que les viene en gana. Pero ella no ha cometido traición, como tampoco Canoris, que ha sido atormentado justamente antes. Toca ahora el turno a Francois; desde un primer momento, los nervios le han abandonado a este, al muchacho no curtido por los dolores y todavía inmaduro en su carácter. Reconoce que no podrá resistir, y que cometerá la delación. De este modo, para no convertirse en un peñero, sus compañeros le matan; Henry, así martirizado por las esposas, la estrañeza y el dolor que la hermana no le presta el menor auxilio. Sin embargo, todos contemplan, espantados y conmovidos, al pobre muerto, cuando han de confesarse lo terrible que es para uno verse forzado a cometer tales acciones.